

Estoy seguro de que este Jesús  
no servirá al inglés ni al judío.

Pero la verdadera vocación de Blake era la profecía. Profetizaba a propósito de cualquier cosa, era como una costumbre de su espíritu. La ironía ha querido que su obra profética propiamente dicha fuera la menos accesible. Ciertas partes de *Milton* y de *Jerusalén* son imposibles de descifrar, a menos que se tenga un gran conocimiento de la filosofía de Blake, pero como, en general, se huye del esfuerzo, la atención del lector se repliega y nadie toca estos libros sagrados. Aun la edición de Oxford, con su parsimonia crítica, ofrece grandes dificultades. He aquí un pasaje de *Milton*, el llamado «La cáscara del mundo»: «La cáscara del mundo es una vasta tierra cóncava, una sombra inmensa y endurecida por todas las cosas de nuestra tierra, agrandada hasta la dimensión, deformada hasta el espacio indefinido, en veintisiete cielos con todos sus infiernos, con el caos y la noche antigua y el purgatorio. Es una tierra cavernosa de laberíntica complejidad, veintisiete pliegues de opacidad, y que termina donde remonta su vuelo la alondra».

Es una admirable concepción esta de los dos mundos, uno contenido en el otro, pero ¿qué son esos veintisiete pliegues de opacidad? Es cierto que las cifras tienen un sentido porque no es admisible que Blake haya simulado profundidad por medio de un galimatías misterioso. Quizá, por otra parte, se trata de un texto inspirado y dictado. Pero me pregunto qué valor tiene una literatura eleusina. La respuesta es, según creo, que el libro más esotérico es interesante en la medida en que representa algún aspecto del espíritu humano o, si se prefiere, del espíritu humano en relación con lo divino. Por más que haga, el hombre no puede dejar de ser hombre, y todo el misticismo del mundo no logrará cambiarlo en nada.

Pero lo que yo denominaría «El pequeño profeta Blake» es el más conmovedor. Quiero decir: el profeta que se ocupa de la suerte banal y cotidiana de la sociedad y no del hombre fuera del espacio y del tiempo.

Blake tenía un odio feroz, comparable al de Cerbero, en el sentido de que era triple y aullaba con furor. Odiaba a la *Iglesia ennegrecedora*. Odiaba al *hombre de sangre*. Odiaba el *coche fúnebre del matrimonio*. Eran la antigua maldición, la carga del error que pesaba sobre el género humano.

Ante todo, no quería una religión natural y Rousseau le daba horror. La naturaleza le parecía, por lo menos, sospechosa y, en todo caso, incapaz de ayudar al hombre a salvarse. «¿Qué hay entre tú y yo?» le preguntaba y se volvía hacia la religión revelada por la Biblia, revelada sobre todo a William Blake. La quería fuertemente cargada de teología, pero sin el

mecanismo de los cultos establecidos, sin «el cura que ata con espino las alegrías y los deseos de los hombres» porque hallaba odioso que se tratara de obstaculizar la energía humana y hacerle seguir unas vías artificiales y penosas de abstinencia. Nadie como Blake ha amado sus deseos. La vida del hombre es santa, decía, es necesario hacerla crecer, dilatarla. Como, por otra parte, es absolutamente inestimable, la guerra no puede ser sino un sacrilegio sin nombre, a la vez que un monstruoso despilfarro. «Los gemidos del desdichado combatiente sangran por los muros del palacio» escribió en 1794.

Por otra parte, si la vida encuentra su expresión perfecta en el amor, el amor no debe sufrir ninguna constricción, el amor no debe esconderse:

¿Siembra el sembrador de noche?  
¿Labra el labrador en la oscuridad?

Tal es la alarmante profesión de fe de William Blake. Y, sin embargo, este hombre tan extrañamente audaz en sus opiniones, este mismo Blake experimentaba a veces accesos de dulzura bastante inesperados. Tenía el temperamento pastoral de un parisino que suspira tras la campaña de Argenteuil.

El arte de Blake conforma el comentario poderoso de su obra escrita, y quizá sea el único comentario válido. Estoy tentado de creer que los místicos carecen de claridad intelectual y que toman con facilidad una cosa por otra. Este error proviene, sin duda, del simbolismo utilizado y cae apenas se leen con atención los escritos de los santos que tratan de las visiones, porque si bien se sirven de los símbolos, hay que notar que una vez operada la transposición del mundo tangible al mundo simbólico, nunca mezclan las imágenes y guardan siempre las proporciones elegidas. ¿Por qué? Porque las imágenes son para ellos la exacta representación de la verdad que contemplan. De hecho, nadie es más preciso que un místico, y el místico no es un soñador.

El arte de Blake aporta a tal idea el apoyo de una nueva probanza. Es a veces malo, contrahecho, difícil de apreciar, pero nunca confuso ni oscuro. Se sigue una línea trazada por Blake desde su origen hasta su consumación sin que el ojo vacile un segundo. Va sin desfallecer ni extraviarse, con una suerte de infalibilidad.

Tal nitidez de visión es la cualidad esencial del dibujo de Blake. Cada objeto se aísla ante sus ojos por medio de un cortante contorno acerado, sin que la sombra endulce nunca con sus modificaciones la *línea dura* que Blake amaba tanto. En efecto, la sombra transforma la apariencia de las

cosas hasta el punto de alterar este aspecto elemental que es como su desnudez. Es incompatible con la visión mística y no en vano la Iglesia la asimila a la mentira, porque deforma para rehacerlo todo de nuevo de una manera artificial. El místico no gusta de la sombra, ve el mundo en estado puro, seco y despojado bajo los rayos rectos de una luz llameante.

Si el místico considera a un hombre, lo ve desnudo, porque el vestido es, de alguna manera, una mentira. Del mismo modo, penetra todos los sentimientos pasajeros que lo agitan y descubre su verdadera naturaleza moral. Busca, no ya lo que el hombre parece ser, lo que ha sido o será, sino lo que es siempre, en la eternidad. Va más allá de las accidentales particularidades del cuerpo bajo las cuales se oculta, sean cuales fueren sus profundidades, y que encuentra no ya a un hombre, sino al hombre.

Hay un arte que considera las apariencias de los objetos y trabaja para representarlos tan exactamente como sea posible, pero como las apariencias son de una duración infinitamente restringida, el arte que las representa no puede satisfacer al místico.

Entonces: si existe otro, hecho todo de intuición y de segunda vista, que desdeña las apariencias y penetra hasta la esencia de las cosas que considera, y el mundo se le revela como un conjunto de seres y de objetos inalterables bajo el eterno movimiento de las apariencias, es el propio de la visión mística: nada cambia a los ojos del Creador, todo cambia a los ojos de los hombres, y el místico ve como Dios.

Esta palabra *visión* es la que viene necesariamente a la mente cuando se trata de Blake. Sus dibujos hacen pensar en unos esbozos para el Juicio Final. El terror, la desesperación o una alegría furiosa aparecen a menudo en ellos. Más raramente, la meditación, el reposo o la paz de un corazón tranquilo. La más poderosa de las impresiones que producen es el relieve: los planos se precipitan al fondo del cuadro, los personajes se despegan y avanzan hacia nosotros. En el campo del dibujo, nada más cercano a la alucinación. Añádase el extraño escrutinio de los temas. Sólo son monstruos, ancianos horribles, hombres y mujeres desnudos, con los cabellos erizados de horror, todo ello entre unas nubes atravesadas por llamaradas, porque nada está quieto en Blake, ni el hombre, ni la naturaleza. Una perpetua tormenta sirve de fondo a la representación.

Muchos dibujos de Blake estaban destinados a ilustrar sus poemas, o cualquier obra antigua o moderna relativa a la Muerte, el Cielo y el Infierno. Quizá los más notables son los que ilustran el *Libro de Job*. Nunca el arte de Blake fue más seguro que cuando intentó traducir en imágenes todo lo que hay de inquieto y doloroso en el viejo texto bíblico. Me siento confuso ante el dibujo que representa a los ángeles de Dios cantando de alegría

entre las estrellas, o ante el otro que nos muestra a Dios hablando desde el seno del huracán a unos hombres postrados por el terror, y me tienta preguntar, como el personaje de *Jane Eyre*: «¿Quién le ha enseñado a dibujar el viento?»

En fin: Blake nos ha dejado una serie de dibujos que sabemos directamente tomados de sus visiones. Blake trabajaba sin prisa y sin fiebre. Se lo veía dibujar con cuidado, levantando los ojos, de vez en cuando, hacia un punto del espacio donde los demás no distinguían nada. A veces se interrumpía para decir: «Oh, se ha marchado». Y pasaba a otra cosa, de la manera más natural.

Muchos de estos dibujos son espantosos. Permiten creer que Blake recibía la visita de los demonios. Uno de ellos es demasiado singular como para que no trate yo de dar una idea del mismo. Se llama *El espectro de la pulga*. En la sombra de una suerte de corredor, el espectro se desliza, enorme y pesadamente corpóreo. Su cabeza es minúscula y está adelantada en un gesto de curiosidad. Saca la lengua. Su cuello desaparece entre unos hombros gigantescos y, como una guedeja, las vértebras sobresalen bajo el cuero hundido de la nuca y la espalda. Una pequeña lámina de metal de forma cruel brilla entre los dedos de la mano izquierda, en tanto la derecha sostiene el recipiente destinado a recibir la sangre. Los pies se posan sobre el suelo plano y dan a la marcha del monstruo algo de irresistible. El conjunto evoca la hipocresía y la fuerza en lo que tienen de atroces. Es así como Blake veía la pulga, tal vez como la ve Dios.

De todos modos, sería difícil decir si algunos dibujos de Blake se alimentan de visiones. Quizá lo sean todos, aunque en distinta medida. Vio y dibujó a Eduardo el Confesor y al arquitecto de las pirámides de Egipto. Nada impide pensar que también vio a Ariel o a José de Arimatea o hasta a los Ángeles del Juicio, tal como nos los ha representado. Por ello, la vida de Blake alcanza cierta extraña grandeza. Algunos han lamentado la oscuridad en la que vivió. En efecto, pocos lo conocían y, por otra parte ¿cómo podía gustar en un mundo que estaba cien años atrasado respecto a él? Entonces: pobre y despreciado como lo fue ¿cabe lamentarlo? No es lamentable un hombre que ve todos los días ángeles y genios, que les habla, cuya casa está llena de todo lo más hermoso y fuerte de la tierra y el cielo. Lamentamos que Johnson vagara por calles heladas, sin encontrar un lugar para reposar su cabeza, pero no lamentamos a Blake por mucho que haya sufrido.

«Me molestaría alcanzar la gloria terrenal» escribió alguna vez «porque toda gloria material adquirida por el hombre disminuye proporcionalmente su gloria espiritual. No quiero nada. Soy muy feliz».

Nos dijo que había venido al mundo como un demonio escondido en una nube, *like a fiend hid in a cloud*. *Fiend* es una terrible palabra sajona, significa el que odia, es el *Feind* germánico, el enemigo: es Blake. Odiaba y amaba furiosamente porque odiaba profundamente. Esta pasión lo consumió. Lo conocemos mal porque no parece haber salido nunca de su nube y no es fácil comprenderlo. Habría que poder adivinarlo como él adivinaba las cosas secretas por medio de la segunda vista, a falta de una revelación seráfica.

La muerte lo sorprendió mientras cantaba a pleno pulmón. Se interrumpió para decir a su mujer: «Querida, esos cantos no son míos». Es así como el Cielo colmó su alcoba con su presencia y le gritó al oído esta música que él repetía con su potente voz\*.

*Traducción: Blas Matamoro*

\* Escrito en 1923. Incluido en *Suite anglaise (Cahiers de Paris, 1926)*.